

cia en conservar inalterable su Testamento en medio de mil y mil trastornos ocurridos desde que Moisés rubricó sus primeras páginas; Dios, que ha cuidado de que el símbolo de los Apóstoles no padezca la inversion de una tilde, no habiéndolo aquéllos dejado estampado ni en pergamino, ni en bronce, ni acero; Dios, que tomó á su cargo ensalzar á su Unigénito, dándole un nombre sobre todo nombre; Dios, que habia anunciado por un gran Profeta que hasta su mismo sepulcro sería glorioso; Dios, que tiene extendida su mano hace seis mil años, obrando prodigios en confirmacion de los dogmas que sostiene la humanidad, ¿no habia de haber fijado su pródiga vista en uno que es el fundamento de todos? La Encarnacion del Verbo divino, ¿no habia de ser confirmada con prodigios de toda especie, en que resplandeciese la sabiduría, la omnipotencia y todos los demás atributos de la Divinidad?

¡Ah! Yo no puedo casi decirlo sin sobrecogerme de un santo pavor; no sólo ensalzó el Padre á su Hijo bien amado, elevando su naturaleza humana al mismo solio de gloria que ocupa su persona divina, sino que quiso honrar cuanto con ella tuviese contacto y relacion: gloriosa habia de ser su tumba, gloriosa su cuna, glorioso el lugar de su muerte, y más gloriosa que todo su humilde morada; y para perpetuar esta gloria, Dios dejaria correr los acontecimientos mundanos, desencadenarse las pasiones, alterarse los pueblos, destruirse mutuamente las naciones, usurparse los imperios unos hombres á otros, para que al través de tanto trastorno brillase, como el sol en su zenit, el prodigioso imperio que la Divinidad ejerce sobre cuanto ha sido santificado con las huellas de su hijo, para que jamás lo reholla el pié del hombre profano, ni lo destruya el elemento furibundo; y esta conservacion tendria que ser el monumento perenne que confirma la fé del creyente y confunde la altivez del incrédulo. Voy á referir los hechos.

Allá en la Palestina habia una insignificante ciudad, tan pobre en edificios como infecunda en hombres grandes, pues no creian los hebreos que pudiese salir de ella nada bueno. Esta ciudad era la morada de un hombre justo, quien se uniera en santo enlace con una jóven, oriunda de su misma familia, y ambos poseian en ella una desmantelada habitacion, fabricada por sus antepasados, descendientes todos del rey David. Era pobre, mas bien podia tener sobre el dintel de su puerta un escudo con setenta coronas, mil banderas tomadas al enemigo, y mil lauros de otras tantas victorias; aquí habitaba la Virgen profetizada por Isaías; aquí fué donde descendió un príncipe celestial con una embajada del Rey de los siglos; aquí pronunció María aquel: *Hágase en mí segun tu palabra*, cuyos ecos alegraron á los ángeles, consolaron á los justos y aterraron á los demonios; aquí el Verbo humanado vivió cerca de treinta años, ocupándose en todos los oficios de humildad en compañía de su Madre. ¡Ah! Ni un solo palmo ha dejado de ser santificado con las pisadas de Jesus y María; aquellos pobres muros han sido tocados mil y mil veces con sus sagradas manos, han sido testigos de sus lágrimas, de su humildad, de su modestia, de su pobreza, de su resignacion y de sus amarguras; aquella pobre techumbre está como divinizada, pues han pasado por ella todas las aspiraciones amorosas que Jesus y su Madre han dirigido al cielo, y hasta la brizna de yerba de la modesta terraza está recibiendo una savia que más tiene de naturaleza celestial que terrena.

Sucedia todo esto hace mil ochocientos cincuenta y nueve años. ¡Qué época aquella, amados míos! Entónces tambien existia la hermosa Jerusalem, realzada con suntuosos palacios de mármol, con alcázares soberbios y con un templo maravilloso; tambien se viera entónces la gran Alejandria con su inmensa biblioteca, con sus baños, con

sus edificios gigantescos; tambien se alzaba entónces hasta las nubes la ciudad de los siete collados, en que Augusto habia exterminado el ladrillo de barro por reemplazarlo con mármoles y jaspes; entónces Atenas y Corinto, entónces Palmira y Damasco, en que hombres ilustres habian eternizado su memoria, fabricando templos de alabastro, palacios formidables que desafiaban á los elementos por su solidez, y á las mismas nubes por su elevacion: no conteis á Nazareth entre tan suntuosas ciudades, pues respecto de ellas es una aldea, habitacion de hombres rústicos; tampoco pongais la casa de María en parangon con las de sus conciudadanos, porque no consta sino de cuatro paredes, débiles y bajas, que apénas pueden servir más que para formar una choza campestre.

Hoy dia nada de esto existe: ruinas que sirven de guarida á los bandoleros, torreones caidos donde se anida el cárabo para aterrar al viajero nocturno con sus ayes y graznidos; arbustos nacidos entre los escombros hacinados; arenales donde el viento ejerce tanto dominio como sobre las aguas del Océano: hé aquí en qué han parado los palacios de Palmira y los alcázares de Alejandría; si Roma tiene aún en pié las ruinas de su Circo y su Capitolio, dé gracias al Cristianismo, cuya mano no ha destruido jamás las artes ni los monumentos, ántes ha puesto un estribo á éstos cuando amenazaban ruina, y ha ennoblecido aquéllas, limpiándolos del herrumbre de la supersticion. Por lo demás, señores, apénas hay ya unos débiles restos del antiguo esplendor y munificencia colosal de Grecia, ni de la monstruosa riqueza de Roma, ni de la ilustre Cartago. ¡Ah! ¡Ominoso alfanje del islamita, bárbara lanza del hijo del aquilon, implacable tea del árabe abrasador! ¡Cruelles! Vosotros no respetásteis aquellas almenas y muros de mármol en que descansaban estátuas colosales que inmortalizaban el genio de los hombres; no supísteis tener vuestra hacha en el aire; vuestra hacha,

pesarosa de embotar sus filos en las cinceladas puertas de bronce; no temísteis escalar los suntuosos alcázares de los Reyes; no respetásteis ni pintura, ni escultura, ni solidez, ni arquitectura; igualmente cayó bajo vuestro hercúleo brazo el templo de Éfeso, como el areópago de Atenas. ¡Fieros huracanes! Tambien vosotros os enfurecísteis contra las obras del hombre; la torre altiva cayó con vuestras embestidas, como se arruina la tienda de césped del zagal. ¡Ah! ¿No me direis por qué detuvísteis vuestras furias cuando llegásteis á la humilde habitacion de María? ¿No me direis quién embotó vuestra pica, quién contuvo vuestros furores, quién vuestras ráfagas violentas? Porque yo me espanto al ver que todo se ha destruido ménos lo débil; todo ha perecido ménos lo que nada valia; se arruinó el palacio de Herodes, la régia morada de mil Emperadores; se han arruinado los muros de Sion, y sólo ha quedado en pié el pobre hogar de la insignificante morada de Nazareth. ¿Qué misterio es este?

Se echa de ver aquí, señores, una mano fuerte é invisible, que cuida de conservar las glorias que son suyas contra el torrente de los acontecimientos mundanos, y salvarlas de la ruina universal; miéntras el Cristianismo dominó en la Palestina, se conservaba la casa de María en la humilde ciudad de Nazareth; era aquélla un santuario á donde nadie osaba penetrar sin temor y reverencia. ¿Hubiera permitido Dios que el hombre contaminado se hubiese sentado en su propio trono, profanado su alcázar y manchado su habitacion? No seguramente; las huestes orgullosas de los emires no tienen orden del cielo para destruir á Nazareth hasta que no se haya salvado la casa de María; tan pronto como los ángeles la hayan arrancado de los cimientos, llevándose su hogar, sus utensilios, su techo y hasta su mismo suelo, ni el acero podrá destruir, ni el aquilon derrumbar. Hé aquí el misterio; por eso se ve hoy en la afortunada Loreto la casa de María; Dios, que

contiene las iras de los hombres más fieros; Dios, que su voz apacigua los más desencadenados vientos; Dios, que sostiene en su dedo la inmensa máquina del mundo, puso una valla al hombre destructor; no le permitió al fuego que se cebase en su morada, y la alzó por los aires como ligera pluma, y la colocó en el centro del Catolicismo, para que pudiesen aún los hombres entrar en ella, y decir extasiados con santo gozo: «Hemos adorado en el mismo lugar donde han estado las huellas de Dios.» *Adoravimus in loco, ubi steterunt pedes ejus.*

Este es un hecho innegable: de tantas grandezas como habia en el Oriente, nada se salvó de la mano del bárbaro más que la casa de María, situada en Nazareth; los elementos y el tiempo, que todo lo trastornan, sólo han dejado ilesa esta pobre morada. ¿Y puede esto suceder sin un milagro? No hago esta pregunta al católico; me dirijo al incrédulo, que sólo sabe atacar con la risa y el sarcasmo las maravillas que acompañan á la verdad. Cuando una débil morada resiste á la fuerza aniquiladora de diez y nueve siglos, algo ha pasado en ella que arrebatara la atención de la Providencia; y esto es tanto más notable, cuanto más visibles son los medios de destrucción que han convertido en polvo los más arraigados edificios, y debieran haber aniquilado aquella; sí, en el oscuro ámbito de aquella casa se ha debido realizar la obra más portentosa, y así es. La Sabiduría eterna dejó oír sus ecos, que confirmaban en todo su complemento la profecía del paraíso, y fué en esta habitación donde se dijo á María que concebiría un hijo que sería grande, é Hijo del Altísimo, sucesor de David y Rey inmortal de los siglos. ¡Santuario divino, donde el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros! ¡Trono de gloria, á donde bajó el Eterno acompañando á su Unigénito! ¡Sagrario celestial que sirvió de alcázar de amor al Espíritu Santo! Dos palabras dijo aquí María; una para abogar en favor de su virgini-

dad, y otra para consentir en ser Madre de Dios, y bastaron éstas para que su casa fuese el patrimonio de la Divinidad, pues desde entónces era el Dios-Hombre el legítimo y único heredero que debió poseerla, como Hijo de María.

¡Ah! Si algun temerario quiere poner en duda el fundamento de nuestras creencias, no quiero aducirle otra prueba de la Encarnacion del Verbo Divino que la conservación de la casa en que Él vivió con su Madre; yo lo llevaré por la mano hasta el humilde dintel; entrad, le diré, y Él me suplicará que no le obligue á poner su pié en aquel recinto. Y ¿sabeis por qué? Porque un santo terror se apodera de toda alma que entra en el Santuario de Loreto; el justo se sobrecoge, y el pecador tiembla, y uno y otro se persuaden de que se hallan cerca de la habitación de Dios. Pero puesto al frente de aquella Santa Casa, cuyos muros se sostienen en el aire, preciso será que me responda, y me diga por qué sucede este prodigio, por qué esta conservación perenne, cuando han sido derruidos los monumentos de Babilonia y los alcázares de Roma; y al ver su enmudecimiento, yo le enseñaré las maravillas del Omnipotente. Sí; templo de Salomón, tú fuiste arruinado sin quedar en tí piedra sobre piedra, porque fuiste profanado por tus sacerdotes y levitas; ciudades orgullosas, ya no sois sino un monton de ruinas, porque blasfemásteis el nombre del Señor, y os elevábais hasta las nubes en vuestro loco orgullo; palacios de los príncipes, habeis sido arrasados, porque dentro de vuestros muros tapizados de brocado, se formaban los planes de la política bárbara y sanguinaria, y abusábais del poder, y pasábais la vida en abominables excesos los dignatarios del mundo; y cuando el bárbaro os atacó, cuando el enemigo os escaló, no habia dentro de vosotros ninguna virtud que pudiese contener sus furores; mas en esta Santa Casa, no sólo no fué jamás profanado el nom-

bre divino, sino que el mismo Dios habitó en ella, la santificó y la eligió para su habitacion, y al acercarse á ella el salvaje con su cimitarra, lo aterraba la virtud de Dios, lo eliminaba de sus cercanías el ángel que estaciona en su puerta con flamígera espada para custodiarla como el paraiso de las delicias de todo un Dios; por esto existe la casa de Loreto; por esto los ángeles la trasladaron por los aires al afortunado país que la posee y conserva como el monumento perenne que atestigua la verdad de la Encarnacion del Hijo de Dios contra la infidelidad del incrédulo, y confirma en su fé al creyente sumiso y humilde. *Linguae in signum sunt, non fidelibus, etc.*

Hé aquí, amados míos, confirmada la verdad de las profecías con los milagros; ni la ciencia humana con todos sus resortes, ni la filosofía con toda su maquinaria, pueden invertir ni por un segundo las leyes universales con que se rige toda la naturaleza; si á fuerza de instrumentos llega el aeronauta á subir por los aires, es porque consigue romper la columna de aire con otro cuerpo más pesado y el adminículo del fuego, que teniendo mayor fuerza impulsiva, sube á su centro, que es la esfera; si el químico llega á paralizar las acciones vitales de un cuerpo animado, es porque los líquidos ó efluvios de otro cuerpo extraño impiden la actividad de los humores; pero todo esto está sujeto á leyes físicas cuyos efectos nos embelesan y cuyas causas se nos esconden; mas ningun hombre hará que una hoja del árbol, al desprenderse de sus ramas, quede suspendida en el aire; ninguno despedirá una saeta que pase de las nubes; una y otra bajarán á su centro por una ley imperiosa; sólo el creyente hará prodigios contra las leyes físicas; sólo un Josué parará el sol; sólo un Pedro matará á Ananías con sólo su mirar; sólo un Gregorio de Neocesárea mandará á un monte que se arranque de su lugar y se traslade al

mar; sólo un Apóstol de Jesus resucitará los muertos, porque sólo éstos profesan la verdad, y sólo en su favor Dios mudará las leyes, ó las suspenderá, ó las modificará. ¡Ah! ¿Cuánto costaría á Dios llevarse la casa de María, de Nazareth á Dalmacia, y de aquí á Loreto, franqueando en un momento miles de leguas? Mandarlo. ¿Cuánto le costaría el hacer que nosotros volásemos ahora mismo por las nubes, estando cada cual en la misma posicion que ocupa? No tiene más que retirar la gran columna de viento que gravita sobre este templo, quitar las leyes de gravedad, y dar á las piedras y maderas la levedad de una pluma, y veríais cómo la columna de viento subterráneo nos impelia verticalmente hasta las nubes; no tiene más que mandar, y así como el sol y las estrellas y la tierra se sostienen en el espacio flúido, este templo se sostendría tambien, si necesario fuese, para confirmar la verdad revelada contra las cavilaciones del infiel y las sofisterías del incrédulo. *Linguae in signum sunt, etc.*

Se rien los hombres ilusos de los milagros de las edades pasadas, y quisieran verlos para creer en la verdad. Tambien el incestuoso Herodes tenía esta pretension, precisamente en la época de los milagros; tambien pedian milagros los judíos para creer en Jesus, y era precisamente cuando acababa Jesus de hacer el milagro de lanzar un demonio y dar habla á un mudo. ¿Quereis milagros, hombres incrédulos? ¿Quereis ver con vuestros propios ojos los portentos para creer en la verdad? Pues yo os diré con Jesucristo que á la generacion incrédula no se dará otro milagro que el de Jonás; este milagro no es otro que el de la confirmacion de las profecías: *Generatio prava signum querit et non dabitur ei nisi signum Jonæ.* No querian los judíos obstinados creer en su Mesías, que mandaba á los elementos con imperio absoluto y resucitaba los muertos, y Jesus les dice que no les daría á ellos otro milagro que el de su propia Resurreccion, anun-

ciada por todos los Profetas, y representada á lo vivo en Jonás: *Signum Jonæ*. Y estos milagros aún subsisten hoy día; diez y nueve siglos há que se realizó la Encarnacion del Verbo en la casa de María, y esta casa existe contra el torrente de devastacion que ha mudado en cada década la faz de la tierra: primer milagro. Jesus envió á sus Apóstoles á toda la tierra, sin prestigio, ni riquezas, ni apoyo, y se levantó contra ellos la ciencia, el poder, los ejércitos y las masas, y esto no obstante, los Apóstoles plantearon en todo el mundo la fé de Jesucristo: segundo milagro. Tres siglos enteros empleó Roma en seducir, en castigar, en atormentar y degollar cristianos, y cuando creia ceñir su frente con el laurel de la victoria, se encontró vencida, y el Cristianismo quedó triunfante: tercer milagro. Los herejes empezaron á atacar la Encarnacion y los demás artículos en Simon y en Cerinto, contemporáneos de Jesucristo; siguió Arrio, continuó Nestorio, prosiguieron los maniqueos, los albigenses y los pelagianos; vino Lutero, se levantó Calvino, y piden consumir sus secuaces la obra de destruccion, quedando tan intacto y puro el dogma como el sol al aparecer en Oriente: cuarto milagro. Alzóse despues el deismo, el panteismo, la incredulidad, empleando para atacar á la Religion el sarcasmo, la risa, el desprecio, el pillaje, el asesinato y cuantos medios ha podido sugerir la filosofía impía, y la Religion canta siempre la victoria del Gólgota: quinto milagro. Los cristianos se han apartado de los caminos de la verdad, practican lo que les agrada, miran la moral con indiferencia, obedecen á la Iglesia en lo que no les es oneroso, porque esta Madre ha abandonado sus rayos, y con todo, nadie puede concluir con ella, ni el tirano, ni el hereje, ni el incrédulo, ni el indiferente, ni el apático, ni el incendiario, ni el sacrílego: sexto milagro. Esa misma incredulidad de nuestros dias es el más patente milagro, porque el incrédulo niega la existencia de los ángeles

cuando se habla de sus excelencias, y la concede al examinar algun hecho contra el órden de la naturaleza; se espanta cuando examina la vida, la moral, la doctrina de Jesus, y confiesa que es Dios, y al oír que es juez severo que castiga y premia, niega que lo sea: milagro de contradiccion y de perversidad. Pudiera yo referiros otros milagros que vemos y palpamos; mas no quiero salir del asunto.

Si entre los que me oyen hay alguno que necesite de otros milagros para creer, yo le rogaré que pida á Dios el milagro de su conversion, porque más milagrosa es la conversion de un incrédulo que la resurreccion de un muerto; le suplicaré que se agregue al piadoso número de almas que hoy se han reunido en este templo, al fervoroso é ilustre católico que cifra todos sus títulos y glorias en honrar á María en la advocacion de Loreto, para que, acercándose al santuario donde moró la divina Madre, obtenga la gracia de creer en su Hijo y de amarlo, y con esto quedará satisfecho mi frio cielo, y vuestra fervorosa piedad agregará un timbre más al lustre de vuestra casa.

¡Oh Dios de portentos! No permitais que por un solo instante surja en nuestras almas la duda ó la incredulidad; dad siempre á nuestras almas aquella luz divina que ilumina á todo hombre, para que con sus esplendentes rayos veamos siempre el camino de salud que nos habeis trazado con vuestra mano sábia y poderosa, y cuyos límites tocan en el cielo, que deseo á todos. Amen.

---